

EL PERIODISMO EN LOS ESTADOS-UNIDOS

INFORME emitido por el Excmo Sr. Marqués de la Vega de Armijo en las sesiones de 2, 16 y 25 de Abril de 1878.

El Periodismo en los Estados Unidos: así titula Mr. C. de Varigny su artículo publicado en la Revista del 1.º de Marzo de 1877.

Después de hacer observar los grandes adelantos que ese pueblo, que no cuenta más que un siglo de existencia, puso de manifiesto en la última Exposición de Filadelfia, y de recordar, á grandes rasgos, lo que eran las colonias inglesas en su origen, comienza su trabajo preguntándose qué poder civilizador ha podido favorecer y precipitar, por decirlo así, la marcha de un pueblo en la historia, que, aunque corta, ha sufrido grandes y terribles pruebas, y que atraviesa ahora, por la no menos decisiva de haber llegado á una completa prosperidad. La Exposición de Filadelfia, dice, ha respondido á estas preguntas, señalando el primer lugar á la prensa de Hoe en la galería de las máquinas. Los comisarios americanos han querido rendir tributo á esta fuerza, de que Napoleón I dijo que era más de temer que cientos de miles de bayonetas. Así lo prueba en los Estados-Unidos, adonde ha llegado á tal grado de poder y de influencia, bajo un régimen de libertad absoluta, dando resultados á veces tan inesperados, que el autor ha creído que debía, en el artículo que vamos analizando, resumir en este trabajo el resultado de sus estudios y sus observaciones sobre el periodismo americano.

Recuerda después el autor que este trabajo fué hecho, por

lo que respecta á la Francia y á Inglaterra, por Mr. Hatin en su manual sobre la libertad de la prensa en Francia; Mr. Germain en el titulado *El Martirologio de la prensa desde 1789 á 1864*, que Mr. Fernando Girardin ha tratado esta cuestión en su libro *La prensa periódica desde 1789 á 1867*, y que en Inglaterra se han ocupado de esta cuestión también F. Knight Hunt, Alejandro Andrews y James Grant.

En los Estados-Unidos, Federico Hudson publicó un libro curioso sobre esta materia; y ya en 1810, Thomas (Isaiah) y José Buckingham lo han hecho más ó menos directamente de esta misma cuestión. Con estos materiales y con trabajos recientes, debidos á la pluma de Bennett y Enrique Raymond y otros periodistas, es como Mr. Varigny ha emprendido el que en este momento nos ocupa.

I

Descubierta, como es sabido, la imprenta en 1438 en Maguncia, el primer periódico conocido no se publicó sino dieinueve años más tarde en Nuremberg. En 1499, Zell imprimió la *Crónica de Colonia*. Estos primeros ensayos recuerdan el *acta diurna*, que pasaba manuscrita en Roma de mano en mano dando cuenta de los incendios, juicios, ejecuciones, fenómenos atmosféricos y otras noticias locales. La Italia disputa á la Alemania la prioridad en esta materia, y la pide para Venecia, y en favor de la *Grazetta*, que se publicó en 1570, así llamado, según unos, porque se vendía por una *grazetta*, moneda pequeña de aquella época, y según otros de la palabra *grazza*, gracia, de que se dice haber copia en una ó dos colecciones particulares en Londres. Por otra parte, el catálogo del Museo británico señala un número de una hoja impresa con el título de *New-Zeiung aus Hispanien und Palien*, con la fecha de 1534. Este periódico, publicado en Nuremberg, y de que no hay, según el autor, más que *un* ejemplar, trae la noticia de la conquista del Perú. Es el primer escrito periódico que da cuenta de un hecho exterior. Hé aquí lo que dice: «El Gobierno de Panumyra (Panamá) ha escrito

á S. M. Carlos Y que uu buque venido del Perú traía una carta del Regente Francisco Piscara (Pizarro), anunciando que se había apoderado del país, con 200 españoles de infantería y caballería, y había atacado á un gran señor llamado Cassiko (cacique). Los españoles habían vencido y cogídole 5.000 *castillons* (piezas de oro) y 20.000 marcos de plata, y por último habían hecho pagar al mismo Cassiko 2.000.000 en oro. »

De estos periódicos, si es que se les puede dar este nombre, no hay más que un recuerdo confuso y algún que otro número escondido en coleccioues particulares. A medida que se adelanta, la oscuridad desaparece, y los hechos y las fechas se precisan. En 1615 se publicó en Frankfort el primer periódico diario que existe aún: *Die Frankfurter Oberpostamts-Zeitung*. La Inglaterra no figura en esta lista cronológica sino en 1622, que tomó el quinto con la aparición del *Weékhj-Netves*, periódico semanal, como lo indica su uombre, y precede á la Francia en nueve años. En 1631 se publicó la *Gaceta de Francia* en París; la Suecia, la Escocia y la Holanda inauguran sucesivamente la era del periodismo en 1644, 1653 y 1656.

En Boston aparece en 1690 el primer periódico, publicado en los Estados - Unidos bajo el título de los *Sucesos Ocurridos* (*Publick Occurrences*). Se ha creído por mucho tiempo que las *Nuevas Cartas* (*News Letter*) publicadas catorce años después, había sido el decano de la prensa periódica americana; pero trabajos hechos por J. B. Felt demuestran que la prioridad es del anterior, fundado por Benjamín Harris. El autor cita las palabras del editor de esta publicación, que no tenía mas pensamiento que contar todos los meses lo que sucediera, y que rogaba al público le advirtiese cuanto pasaba, pues su principal objeto era, según dice, combatir la mentira hasta el punto de que ofrece no imprimir nada de que no esté completamente seguro ; y si involuntariamente padecía alguna equivocación, se comprometía á rectificarla en el próximo número. Por más que esto no fuera, como se ve, muy tranquilizador, no apareciendo el periódico sino una vez al mes, sería de desear que en los tiempos que corremos tuviera la prensa igual aspiración siem-

pre; verdad es que desde 1690, que apareció en Boston el primer número con tan laudable propósito, han cambiado mucho las cosas y los hombres, aun en el mismo país cuyo desenvolvimiento periodístico vamos examinando. A pesar de los buenos propósitos de Harris, las autoridades inglesas le invitaron á las veinticuatro horas á que se ocupase de otra cosa, y le recogieron los ejemplares que ya había tirado. Con semejante proceder, Harris creyó que lo mejor que tenía que hacer, si había de poder realizar su pensamiento, era abandonar los Estados-Unidos y venirse á Inglaterra, como en efecto lo hizo, fundando en Londres el *Post* en 1705. Durante catorce años no volvió á intentarse cosa semejante, contentándose con leer en alta voz algunas hojas impresas en Londres, que pasaban de mano en mano hasta caer hechas pedazos, ó llegar alas de algún curioso que, por conservarlas, solía pagarlas hasta una libra esterlina.

Esta situación, sin embargo, era insostenible, y el genio práctico americano no podía prestarse á sufrirlo, pues la aparición definitiva de la prensa se acercaba.

En qué condiciones políticas y sociales iba esto á ocurrir, hé aquí lo que ahora rápidamente vamos á examinar. Para tener una verdadera idea del terreno recorrido, es menester recordar el punto de partida.

El contraste es tan grande entre lo que eran las colonias inglesas en 1690, y lo que es hoy la gran República, que en ninguna época de la historia hay, ajuicio del autor, una cosa semejante.

Las colonias tenían entonces cerca de un millón de habitantes de blancos y negros: los últimos, en su mayoría, esclavos. Esta población, dispersa en la costa y orillas de los grandes ríos, estaba como perdida en un espacio inmenso. Pocas ciudades, algunos pueblos y muchos caseríos de labor, á gran distancia unos de otros, y algunos campamentos de valerosos colonos cerca de la frontera india ó francesa, formaban la población de la colonia en la parte del Norte. Boston y Filadelfia, que eran entonces las principales ciudades, tenían cada una 8.000 habitantes. Nueva-York, que comenzaba entonces, apenas llegaba á 6.000,

y parecía un poblachon. Todo se traía de Inglaterra, y en materia de comercio sólo existía el de cabotaje, y en las poblaciones de la costa se dedicaban á la pesca, preludivando ya por tímidos ensayos de valerosos pescadores que llegarían hasta las regiones del Polo. El dinero era raro y casi desconocido, y se valían de los cambios. En 1635 las compras se hacían por medio de balas de fusil, valiendo cada una un cuarto. En 1652 ya se acuñó alguna moneda; pero durante treinta años se sirvieron del mismo troquel, y por consiguiente, las monedas tenían la misma fecha. Los caminos apenas existían. Una diligencia iba de Filadelfia á Nueva-York y tardaba dos días en hacer el viaje. El sistema postal era de los más primitivos; las cartas iban de Nueva-York á Boston una vez al mes. Benjamín Franklin, que fué uno de los primeros Directores de Correos, dice que para desenvolver el sistema postal visitó las diversas estaciones, tardando cinco meses para lo que hoy puede hacerse fácilmente en cinco días.

La instrucción pública hizo bien pronto grandes progresos, debido al espíritu puritano que, juntamente á la idea religiosa, á la que habían sacrificado todo, llevaba el culto á la Biblia, que implicaba la lectura de los libros santos.

Desde el momento en que unos cuantos colonos se juntaban, se les veía construir, aunque de una manera imperfecta, como toda construcción primitiva, la iglesia y la escuela. En Boston, en donde se fundó la primera escuela, cada familia daba una fanega escasa de maíz (*un boisseau*) y un franco y 25 céntimos para su sostenimiento y el del maestro. En 1700 se reunieron 10 pastores protestantes en una escuela, y diciendo cada cual «aquí dejo estos libros,» que no serían ciertamente mas de diez, para la fundación de un colegio en el Connecticut, se fundó el *Yale College*.

Entonces, como ahora, el maestro gozaba de una gran consideración; era, después del Ministro del Culto, el hombre más estimado y el más influyente, ejerciendo una especie de jurisdicción sobre las familias, á quienes puede obligar á que lleven sus hijos á la escuela.

Si de las colonias del Norte pasamos á las del Sud, el contraste es grande, y fácil distinguir el germen de divergencias que acabaron el 12 de Abril de 1861 por el comienzo de la guerra de separación, la más grande y más costosa de las guerras civiles de los tiempos modernos.

Mientras que en el Norte se observa la austeridad, hija del culto implantado en aquellas comarcas por los puritanos, que rechazan hasta la música en sus cantos religiosos, y cuya población se agrupa al rededor del templo, en el Sud, en donde la emigración es de otra clase social que necesita desde luego dedicarse al trabajo, que por la fertilidad del suelo y por el origen de esa misma propiedad, consiste*te en donaciones en grande escala, hechas á familias nobles y ricas del continente, que éstas á su vez reparten entre sus hijos menores, que van á buscar allí la riqueza que los mayorazgos les niegan en Inglaterra; el cultivo se establece en vastas proporciones, con numeroso personal de criados y esclavos que exige la índole del trabajo, repartiéndose por aquel inmenso territorio, en donde se ve alguna que otra iglesia frecuentada sólo por los que tienen fincas en las cercanías, pues las grandes distancias hacen otra cosa imposible.

La vida social es poco menos que nula, y el sentimiento individualista se fortifica con todo aquello que pierde el instinto social.

Con semejante organización no era fácil el establecimiento de escuelas que, por otra parte, no veían con gusto las autoridades que dirigían en un principio aquellos territorios; y si hoy los Estados de Virginia han desenvuelto su instrucción, no por eso ha sido menos lento ese trabajo, y más difícil el vencer las preocupaciones que á ello se oponían.

Esa vida independiente y ruda; ese mando casi absoluto de los dueños de fincas sobre sus criados y esclavos, y esa afición á los ejercicios corporales, les daba las mejores condiciones para ser los jefes de la insurrección contra la madre patria, y así fué en efecto, siendo ellos los jefes de la nueva república, presidentes, hombres de Estado, y políticos y militares. El

interés común y la necesidad acallaron por largo tiempo las disidencias entre el Norte y el Sud; pero las ideas, las costumbres, y sobre todo la esclavitud, eran antipáticas á los hombres de la nueva Inglaterra. Por otra parte, el Norte era fabril, y el Sud agrícola. Los unos querían las tarifas protectoras para la industria naciente; los otros, por el contrario, eran partidarios del libre cambio, condición esencial para su prosperidad. Por largo tiempo se hicieron mutuas concesiones, hasta que un día, con la conciencia de su fuerza, el Norte declaró que la esclavitud, condenada por la conciencia, era incompatible con un Gobierno republicano, y nombraron á Lincoln para hacer triunfar ese programa. Al mismo tiempo, por las tarifas llamadas Morill, declararon la guerra á los intereses del Sud. La ruptura del Norte y del Sud desorganizó la administración en todos sus ramos. De todos es conocida la gigantesca lucha que siguió á este acto, terminando por la victoria del Norte y la ruina del Sud y los odios profundos que hoy, más que nunca, subsisten por la dura y á veces irresistible organización á que hoy está sometida esa importante parte de la gran República, y que en otra ocasión he tenido el honor de hacer conocer detalladamente á la Academia.

De estos antecedentes es fácil deducir que en el Norte fué donde nació la prensa de los Estados-Unidos, como consecuencia siempre de la diversidad de intereses y de tendencias, unido á la mayor ilustración de los grandes centros en que la educación es más general, y en donde dominan las ideas republicanas que llevan á la libre discusión de todos los intereses. La historia, pues, del periodismo en los Estados-Unidos, es la historia de la prensa en el Norte.

II

Hemos visto que el primer periódico americano que apareció, y que apenas vivió un día, fué el fundado por Harris en 1690. En 1704, Campbell, Director de Correos de Boston, intentó de nuevo esta empresa con una pequeña hoja mensual, cuyo pri-

mer número sólo traía anuncios de casas para alquilar, criados y buques á la carga.

Por más desprovista de interés que nos parezca esta publicación, el efecto que produjo fué profundo; el primer número se llevó á la Universidad como una de las grandes curiosidades que podían verse en la colonia. Este favor con que la publicación fué acogida, animó á Campbell á introducir algunas mejoras en su periódico, que ya se permitió dar algunas noticias comerciales y copiar algunas noticias de la *Gaceta de Landres*, que no debía recibir con gran regularidad, cuando se excusa, en uno de sus números, modestamente diciendo que estaba retrasado, de trece meses, de noticias de Europa. Aunque sin grandes resultados, como lo prueba el haber tenido que aumentar el precio de su periódico, que sólo tenía 300 abonados, vivió quince años, y no vio con gusto, en 1719, la publicación de la *Gaceta de Boston*, su rival. En 1721, Franklin, el hermano del ilustre Benjamín, fundó el *Courant*, y bien pronto redujo al silencio al periódico de Campbell. Como las discusiones personales no podían interesar por mucho tiempo al público, era necesario ensanchar el campo de los debates, y esto hizo Benjamín Franklin haciéndose el defensor de la vacuna. Habiéndose declarado el clero contra ella, fué preso el editor del periódico, sin que por eso se probase que era menos cierto el descubrimiento por su órgano defendido.

Esta primera desventura fué bien pronto seguida de otra. En 1722 apareció un pirata en uno de los puertos, y habiéndolo anunciado el *Courant*, fué de nuevo reducido á prisión el editor, prohibiéndole que se ocupase de todo aquello que pudiera referirse al Gobierno y el clero. Difícil era seguir publicando un periódico en estas condiciones; pero Benjamín Franklin que no tenía entonces más que dieziseis años, no era hombre de arreararse, tanto más, cuanto que las persecuciones al periódico habían de poner la opinión pública de su parte; mas como éstas no eran causas bastantes para excitar la opinión, el Gobierno inglés se encargó de dar pretexto á ello haciendo causa común primero con el clero anglicano, cuya religión se pro-

puso declarar del Estado, enajenándose así los otros cultos. Al mismo tiempo, los Franklin habían fundado la primera fábrica de papel, y las autoridades inglesas se apresuraron á declarar que las colonias no podían libertarse de la importación de esta mercancía de la madre patria. En 1750 se prohibió trabajar el hierro y serrar maderas, usar saltos de agua como fuerza motriz y levantar fábricas.

Los colonos debían limitarse á labrar la tierra, sacando de Inglaterra cuanto les fuera necesario. En el Sud la caña no podía ser convertida en azúcar ni en melaza, y el algodón no podía trabajarse. Por último, los impuestos votados por el Parlamento, en que no se hallaban las colonias representadas, habían tomado tales proporciones, que hacían imposible la producción. La prensa se hizo bien pronto el eco de estos males, al principio con timidez y más tarde con energía, valiéndose ya de esas frases breves que preceden siempre á las revoluciones: «El impuesto, sin el derecho de representación, es una tiranía.»

La lucha comenzaba, y los pocos periódicos entonces existentes en Boston, Nueva-York, Annapolis y Charleston veían aumentar sus suscritores; otros se fundaban para combatir las pretensiones de Inglaterra, predicando la resistencia á la opresión, respondiendo Benjamín Franklin valerosamente alas arneses de la autoridad con aquella frase: «El que puede, como yo, vivir con pan y agua, ni tiene necesidades, ni teme á nadie.»

Ante semejante actitud, el Gobierno inglés comenzó á preocuparse, y después de hacer venir tropas, estableció un derecho de timbre para la prensa que consistía en pagar de 5 á 20 céntimos por ejemplar y 2 chelines por anuncio. Semejante impuesto era la ruina de la prensa, y como tal lo anunciaba Franklin, diciendo que se había puesto el sol de la libertad, y que sólo quedaba á los americanos el recurso de encender las lámparas de la economía y de la industria, á lo cual contestaba el Coronel Thompson en su periódico: « Estad seguro de que encenderemos las antorchas y no las luces.» El pueblo respondió á esta polémica invadiendo y saqueando la residencia de las autoridades inglesas al grito de ¡viva la libertad! ¡abajo el timbre!

En la Asamblea de la Carolina del Norte, el Presidente contestaba al representante del Gobierno inglés que se opondrían á aquella ley hasta la muerte. Ante semejante declaración, las autoridades vacilaron, dando con ello alas á la resistencia y animando la actitud de los que en el Parlamento inglés, comprendiendo la razón de los colonos, hacían su causa. Camden, Pitt y Barre pidieron una información parlamentaria, y en ella fué oído Benjamín Franklin, cuyas respuestas breves y enérgicas impresionaron á la Cámara y al Ministerio de tal modo, que, convencido de que el derecho de timbre no podría percibirse sino por fuerza, se decidió el suprimirlo.

Esta noticia fué celebrada en América como una gran victoria. Ante semejante triunfo, que verdaderamente sólo á los periódicos favorecía y aseguraba ya su situación, por decirlo así, personal, la prensa se dedicó á hacer ver los sufrimientos de las colonias, sosteniendo la frase que en otro tiempo fué la base de la emancipación de Inglaterra: *no debe haber impuesto sin representación*.

Benjamín Franklin, que era el primero que en el Parlamento inglés había sostenido los derechos de las colonias, era también, con su periódico, el que llevaba la dirección de aquel movimiento cuya significación se manifestaba bien claramente cuando se hacía al grito de *unios ó pereceréis*.

En efecto, el 5 de Setiembre de 1774, 53 delegados representantes de las provincias, excepto la Georgia, se reunieron en Filadelfia. En esa reunión, en que Patrick Henry electrizó á la asamblea con su palabra, se decretó la formación de compañías de voluntarios, y por todas partes comenzaron á fundirse balas y á hacerse cartuchos, ensayándose al mismo tiempo los hombres en el manejo de las armas. La prensa, que hasta entonces no había sido más que el eco de los sentimientos populares, ahora los dirigía, diciendo cuáles eran los medios que debían emplearse y el fin á que había que llegar.

El autor, comprendiendo que seguir por el camino emprendido le llevaría demasiado lejos, si había de entrar en todos los detalles de aquella gigantesca obra de emancipación, se

limita á recordar que el 25 de Noviembre de 1783 fué la evacuación de las colonias americanas por las tropas inglesas y el nacimiento de la gran República.

Una vez terminada la guerra, comenzaban con la paz todas las dificultades de organización. Desde luego, así los hombres como los periódicos, se dividieron en dos grandes partidos: los federales, que proclamaban en su prensa los derechos de los Estados, que, sin embargo, era necesario limitar, si había de constituirse una verdadera unión, eran dirigidos por Hamilton; los demócratas, que reconocían por jefe á Jefferson, pedían que ésta fuese íntima y completa para hacer una gran nación que pudiera resistir con ventaja á la Inglaterra en una nueva guerra. Vínose, por último, á un término medio, que si ha permitido el desenvolvimiento de la riqueza y la prosperidad de los Estados-Unidos, llevaba en su seno el germen de la terrible lucha que hace pocos años hemos presenciado, y que será, á juicio de los hombres pensadores, la causa de la división de la gran República.

¿Cuál era entonces la importancia y el número de los periódicos existentes? En 1704 no se publicaba más que un periódico, una vez á la semana, para una población de 8.000 almas. En 1725 había 4 periódicos que, para un millón de habitantes, hacían una tirada de 170.000 ejemplares. Al comenzar la guerra de la Independencia en 1775, está representada por 37 periódicos, cuya tirada es de 1.200.000 ejemplares; la población era ya de 2.800.000. En 1800 encontramos ya 359 periódicos, que tiran 22.321.700 ejemplares: sirven una población de 7.239.814 habitantes.

La prensa atravesó con mil dificultades el azaroso periodo de 1783 á 1790.

El primer periódico que ganó dinero en los Estados-Unidos fué *El Centinela* (*Centinell*), creado en Boston por el mayor Bursell, defensor de la Administración de Washington, que desinteresadamente publicaba las actas del Congreso, hasta el punto de que cuando se le pidió su cuenta por el Secretario de Hacienda, la mandó como pagada, motivando la resolución de

la Cámara, en que decía: « Si cuando eramos pobres podíamos aceptar este sacrificio de Bursell, hoy tenemos el deber de renunciarle. » A esta respuesta iba unido un mandamiento de pago de 7.000 dollars.

Por aquella época recuerda el autor que estaban en Boston, adonde habían ido huyendo de los furores revolucionarios de Francia, Luis Felipe de Orleans, que había de ser más tarde Rey de los franceses, } Talleyrand, futuro Ministro del imperio napoleónico. Estos dos personajes visitaban con asiduidad las oficinas de *El Centinela*, sobre todo á la llegada de los periódicos de Europa, raros entonces, y que llevaban buques de vela. Luis Felipe, que enseñaba á la sazón matemáticas en un colegio de Boston, no tuvo inconveniente en deshacerse de un Atlas que poseía, libro muy raro en los Estados-Unidos entonces, y merced al cual, *El Centinela* podía señalar á sus lectores la marcha de los ejércitos franceses en Italia. Aquel modesto regalo hizo la fortuna de *El Centinela*, que tenía la inmensa ventaja, sobre sus competidores, de poder precisar la situación de los ejércitos, mientras que los otros habían de atenerse exclusivamente á conjeturas. Bursell siguió hasta 1828 al frente de su periódico, retirándose con una fortuna considerable para aquellos tiempos.

En Boston, que era entonces la ciudad de mayor población, había varios periódicos, y entre ellos *La Crónica* ó *El Cronista* (*Chronicle*), que tenía por editor un tal Austin. En una polémica que tuvo en 1805 con la *Gaceta de Boston*, redactada por Selfridge, terminó ésta por la muerte del hijo del primero, perpetrada en plena calle por Selfridge, sin que sufriera por tan bárbaro atentado más que algunos meses de prisión. Entonces apareció por primera vez en el periodismo americano el revólver, que desde hace setenta años viene representando un papel tan interesante.

A medida que iban creciendo las poblaciones en importancia, aparecían los periódicos, y entonces, como ahora, en cuanto se forma un nuevo pueblo al lado de la iglesia y de la escuela, nacía un periódico que las más veces moría; pero la semilla

estaba echada y al fin había de prosperar. En nuestros tiempos, recuerda el autor con oportunidad que hemos visto más: la prensa ir delante de la civilización en las vastas soledades que separan la California de los Estados del Oeste. *La Frontera India (Frontier Index)* publicado durante la construcción del gran camino de hierro del Pacífico, iba trasladándose á medida que los trabajos adelantaban. Esto, que indudablemente puede calificarse como una originalidad, si nos retrotraemos á la época en que comenzaban los periódicos en los Estados-Unidos, es fácil comprender que allí la prensa periódica era, como ahora la *frontera india*, el faro que señalaba á los nuevos colonos el punto objetivo de su destino.

III

En el periodo que comprende desde 1810 á 1820, se ve á los Estados-Unidos en un desarrollo constante, que, si se amortigua á veces, sigue, sin embargo, su marcha, á pesar de la guerra contra los indios, la ruptura con Inglaterra, la batalla de Nueva-Orleans, las discusiones interiores que acaban con el compromiso del Missouri, la crisis financiera y la guerra de los blancos. Cuando en 1802 el presidente Jefferson compra la Luisiana, la prensa está unánime para aplaudir esta medida, de la que decía Monroe, negociador del tratado, que era el mayor servicio que había hecho á su patria en su larga carrera, y del que Napoleón á su vez dijo; «que aquel aumento de territorio consolidaba para siempre el poder de los Estados-Unidos. He suscitado á la Inglaterra un rival en los mares, que tarde ó temprano abatirá su orgullo.»

La prueba de semejante aserto no se hizo esperar: las circunstancias, sin embargo, eran poco favorables para los Estados-Unidos, cuya marina naciente no podía aún luchar con la inglesa. Las dificultades que surgieron en 1807, y que acabaron por la guerra en 1812, encontraron la prensa dividida. Los órganos del partido democrático, que representaban los Estados del Oeste, querían la guerra, mientras que los de opinión federalista,

y sobre todo los de Boston, la declaraban impolítica y desastrosa. Una vez declarada aquélla, el peligro común unió á todos, y, apelando al patriotismo, prestó la imprenta un poderoso auxilio, que al fin se hizo decisivo cuando, ganada la batalla de Nueva Orleans y tomados por la fragata *Constitución* dos buques de guerra ingleses, permitió á los Estados-Unidos hacer una paz honrosa, que no solamente consagró su independencia, sino que forzó á la Inglaterra, y con ella á los Estados europeos, á contar ya con la nueva República. Otro resultado de esta guerra fué dar á la prensa antifederalista la ventaja del éxito que aumentó su prestigio en la Administración y en el Congreso, haciendo elegir un candidato á la presidencia Monroe, que obtuvo 183, contra 34 que dieron al federal.

De esta época data la influencia considerable de la prensa en las elecciones presidenciales, y la práctica, después consagrada por el uso, de entregar por completo la Administración al partido vencedor. Criticada con razón por los unos, que suponen imposible de esta manera toda administración, y defendida por los otros con el vano pretexto de que no puede dejarse el manejo de los negocios á los adversarios, doctrina que, por desgracia, va imitándose en muchos países de Europa, y particularmente en España.

Apenas se había hecho la paz, se formó lo que se llamó el triunvirato de la prensa republicana, que organizó en todos los Estados una coalición poderosa, dirigida por Burén, Marcy y Dix, que debían representar más tarde un gran papel en su país, á los cuales se les dio también el nombre de *Regencia de Albany*, que bien pronto dominó al Presidente y su Gabinete. Ellos hacían y deshacían Gabinetes y designaban los empleados para todos los puntos, que eran en el acto aceptados por el Poder, consiguiendo de este modo que los federalistas fueran excluidos de todos los destinos públicos.

En ninguna época ha sido mas dictatorial la influencia de la prensa periódica. Decide al Gobierno á que compre la Florida á España, y formula la famosa sentencia que es hoy poderoso axioma en las cuestiones de América: «La América para los

americanos,» que recibe después su consagración con la conquista de Texas y California, la anexión del Oregon, la compra de la América rusa y las manifestaciones constantes en las fronteras de Méjico y el Canadá, sin contar el auxilio prestado á la insurrección de Cuba, que tantos tesoros y hombres ha costado á nuestra patria, y que será siempre un peligro para la que fué nuestra rica Antilla.

Hemos visto cuánto debe la gran República á la prensa periódica en todo lo que es material y político; veamos ahora en pocas palabras lo que le debe en su parte religiosa. Desde que apareció el primer periódico exclusivamente religioso en 1816, todas las sectas han fundado y sostenido los suyos, y aunque esta prensa no es diaria, ni se ocupa de cuestiones políticas, apareciendo generalmente los sábados para ser leída después de los oñcios, al comenzar la guerra de separación prestó grandes servicios al partido de Lincoln combatiendo constantemente la esclavitud. Igual conducta siguió la católica, que ejerce una grande influencia, particularmente sobre los irlandeses. Se publican en los Estados-Unidos 420 periódicos puramente religiosos; su tirada anual es de más de mil millones y medio de ejemplares, y el número de abonados pasa de 9.000.000. No contentos aún con tan gran publicidad, han conseguido que la prensa política cousegure cierto número de sus columnas por semana á la discusión de cuestiones religiosas, y el *Neto-York Herald*, uno de los periódicos de más circulación en los Estados-Unidos, publica todos los lunes el resumen de los sermones notables pronunciados el día antes en las iglesias de Nueva-York, y por el cable se hace telegrafiar en extracto los que lo han sido en Roma, París y Londres.

Volviendo á la prensa política, desde el momento en que se consagra como derecho que la administración pertenece en todos sus ramos al vencedor, la política es una carrera y es más fuerte el que cuenta con mayor número de electores, dándole su influencia derecho á los puestos públicos, y naciendo de esta situación lo que ha dado en llamarse ya, con cierta manifestación de desden, *los políticos (politicians)*, y que si pudo

dar fuerza á la prensa desde 1820 á 1832, haciéndola puramente el órgano de los partidos, comienza á hacerla también caer en el descrédito.

Por otra parte, los rápidos progresos hechos en el comercio, que reclamaban para los anuncios mayor espacio que el á ellos consagrado en los antiguos periódicos, la necesidad de reducir el precio del abono y dedicarse á tratar cuestiones que no siempre pueden tener cabida en los periódicos políticos, han dado nacimiento á la prensa llamada independiente desde 1832.

J. Gordon Bennett, á quien el autor llama con razón la encarnación del periodismo en los Estados-Unidos, el propietario del *New-York Herald*, que rehusó una embajada por seguir siendo periodista, fué el primero que entró por el camino que le marcaba la opinión; y la inmensa fortuna que ha realizado prueba la fuerza de una idea justa, acogida á tiempo y seguida con perseverancia.

IV

James Gordon Bennett comenzó su carrera periodística bajo los auspicios de la regencia llamada de Alvany; fué uno de los partidarios de Jackson y de Martín Burén, y escribió sus primeros artículos en *El Correo (Courier)*, el órgano más acreditado del partido. Joven y activo, su carácter independiente, y más que nada sus ideas reformistas sobre la prensa, no le permitían estar bajo las órdenes de nadie, y creyó conseguir su propósito fundando en 1832 el *New-York Globe*, cuyo precio redujo de 10 dollars á 8.

Esta primera tentativa fué sin resultado, tanto porque la reducción de 2 dollars no era bastante para atraerse suscriptores, como porque los otros periódicos, al ver el pensamiento del nuevo rival, lo combatían por cuantos medios estaban á su alcance, apareciendo también pálido, al compararlo con los órganos de los partidos, un periódico que deseaba permanecer independiente. Después de una nueva tentativa de reconciliación, que fué completamente infructuosa, libre ya, por

consiguiente, de todo compromiso de partido, salió para Nueva-York Bennett con el fin de realizar su idea, pero sin medios para conseguirlo. Fundar un periódico que no perteneciera á ninguno de los partidos militantes, dedicado á los intereses nacionales; separarse de la polémica para sustituirla por los hechos; poner al corriente y con exactitud á sus lectores de los sucesos, para que ellos puedan por sí formar su opinión; hacer que el periódico esté al alcance de todas las fortunas por un precio sumamente módico; pedir al anuncio, hasta entonces poco desarrollado, pero cuyo desenvolvimiento preveía, los recursos necesarios para la publicación, fué el plan del futuro director del *New-York Herald*, y sólo con 500 dollars emprendió su realización.

Para intentar una empresa semejante hoy en Nueva-York, serían necesarios 300.000 dollars (6 millones de reales).

El primer número del *New - York* apareció en 5 de Mayo de 1835. Se componía de doce columnas de texto y 4 de anuncios, y el precio 3 dollars (60 reales). De los anuncios era de lo que esperaba especialmente sacar sus ingresos el fundador. Declaraba en el texto que no pertenecía á ningún partido, ni pretendía tener influencia en ninguna elección, desde la de Presidente al último empleado; que su objeto era decir la verdad; que, dirigido á las masas, lo mismo encontrarían en él lo que les convenía el banquero que el obrero, y que sin más pretensión que aplicar el buen sentido á los negocios, cada cual podría sacar por sí las conclusiones de lo que leyera.

Fiel á su programa, suprimió los artículos de fondo, sustituyéndolos con las disposiciones oficiales y el resultado de las elecciones, sin hacer comentario alguno sobre ellas. Introdujo por primera vez el dar cuenta de la cotización de los fondos públicos y de las operaciones de la Bolsa, lo que por cierto le produjo grandes disgustos, pues los comerciantes suponían que era ocuparse de sus asuntos privados, amenazándole con toda clase de insultos y procesos; pero este mismo escándalo llamaba la atención sobre el nuevo periódico y servía para recomendarlo.

La crisis financiera de 1837, predicha por él, y la campaña que hizo en favor de la comunicación de los Estados-Unidos con Europa para una línea de vapores, sostenida incesantemente por espacio de mucho tiempo, hasta que la vio realizada, acabó de asegurar el éxito de su periódico, que ya al año de publicarle le había permitido devolver los adelantos que para su publicación le hicieran en papel y tipos, equilibrando sus gastos con sus ingresos. Sin esperar más, agrandó el periódico, y persistiendo en su programa, dijo á sus lectores que si un año antes, sin dinero y sin crédito, había sido considerado como loco, y á fuerza de trabajo triunfó de tantos obstáculos, confiaba que ahora iba á inaugurar una nueva era para el periodismo, cuyos resultados asombrarían algún día á la América.

Por más jactancioso que parezca este lenguaje, la verdad es que Bennett tuvo un golpe de vista exacto y una gran perseverancia para aprovecharse de los nuevos horizontes y necesidades que se abrían al espíritu moderno, y las transformaciones que, como consecuencia de ello, había de sufrir la sociedad.

Los barcos de vapor y los caminos de hierro, abreviando las distancias, habían, según sus cálculos, de centuplicar sus lectores, y así él fue el primero en buscar corresponsales por todas partes, que desde luego se interesaran en la venta de su periódico.

Cuando en 1838 entró el vapor *Sirius*, viniendo de Inglaterra, en Nueva-York, realizando el pensamiento que con tanta fe había sostenido Bennett en su periódico, éste no tuvo inconveniente en embarcarse y venir á Europa, en donde buscó corresponsales en todos los países, y organizó un sistema de comunicaciones, que, junto á una flotilla de botes que se adelantaban á la llegada de los buques, aun cuando estuvieran en cuarentena, para recoger noticias, le daba una superioridad incontestable sobre los demás periódicos. Ante semejante dificultad, organiza igual servicio el resto de la prensa, y Bennett monta buques más rápidos, y establece paradas de caballos para que lleguen á su poder antes las correspondencias que, impresas, reparten por la población nubes de dependientes, que-

dando siempre vencedor de sus competidores. Esto que hoy vemos en todas las capitales de Europa, y que cuantas noches asistimos á la Academia estamos en peligro de ser arrollados por los vendedores de *La Correspondencia*, es, sin embargo, digno de tenerse en cuenta cuando se examina una época en que nadie pensaba en ello, y revela las condiciones especiales del que por primera vez lo puso en práctica.

No era sólo su habilidad para adelantarse a sus émulos, sino que, aunque periodista antiguo, adoptó un sistema que llamó el género francés, contrario al que hasta entonces se había seguido en el periodismo americano, semejante al inglés, de grandes artículos de fondo, indigestos y pesados las más veces, sustituyéndolo por un estilo cortado y preciso, á que se prestaba también especialmente su propósito de no ocuparse de política, y, por lo tanto, de no tener que desarrollar grandes tesis ni sostener indigestas polémicas. Pero en donde Bennett fué el vencedor sin rival, es en el partido que supo sacar del anuncio. La generalidad de los periódicos dedicaban, como los nuestros ahora, la cuarta plana, que alquilaban, repitiendo sin cesar los mismos anuncios, que, ante la carestía de los periódicos, no conseguían gran publicidad. A la baratura del suyo, agregó Bennett un cambio completo en el sistema seguido en los demás periódicos, evitando el escollo de hacer ruinoso la empresa que comenzaba por dar el periódico más barato.

Ningún anuncio podía aparecer más de una vez, á menos de ser modificado ó renovado. Se insertaba sin rúbricas especiales y con un tipo uniforme; el precio, el mismo; las ofertas y las peticiones estaban clasificadas por categorías, en donde cada cual pudiera encontrar lo que deseaba. Llevó tan allá la independencia de su publicación, que habiendo pretendido el Gobierno que diera publicidad á los avisos oficiales, se negó por no reconocerle uu derecho á fijar el precio de estos avisos al Gobierno, que él no le daba á ningún otro ciudadano. Verdad es que el anuncio se ha introducido de tal manera en la vida de aquella sociedad, y tomado cuantas formas son imaginables, que sólo se puede comprender su importancia exa-

minando numéricamente lo que un ejemplar cualquiera del *New-York Herald* trae todos los días. El autor del artículo coge un ejemplar, y encuentra que este periódico cuádruple tiene 8 columnas de artículos diversos, 38 de noticias telegráficas y de otra especie, y 50 de anuncios, que dan un total de 96 columnas. Debe notarse que todo se ha compuesto de nuevo, y que nada de cuanto dice ni ha venido en el número anterior, viene ni vendrá en el siguiente. Para imprimir ese número han empleado 849.550 letras. La tirada ha absorbido más de 11 toneladas de papel; la composición sólo ha costado 600 dólares. Agregúese á esto los sueldos de los redactores y de los corresponsales; los que lo pliegan y lo venden; el coste de los telegramas de todas partes de la Union y los de Europa, á 11 pesetas por palabra, y se podrá tener idea de lo que es esa enorme máquina que se llama el *New-York Herald*. El *Tintes* está muy lejos de él, y, sin embargo, publicaba hace pocos años el aviso siguiente: « Nuestra edición de hoy se compondrá de 24 páginas. Nuestros anuncios, que hace cincuenta años eran 150 por ejemplar, llegan hoy á 4.000;» y, sin embargo, las cifras de que nos ocuparemos más tarde, demostrarán cuánto mayor es el número de periódicos, como el de su tirada, en los Estados-Unidos que en Inglaterra.

Bennett fué el primero que señaló el conflicto inevitable entre el Norte y el Sud, -esistiendo siempre la presión de los hombres políticos para determinar la crisis. Declarada la guerra, organizó en su periódico un departamento especial, en donde se examinaban, no sólo los periódicos y los despachos, sino las cartas de sus numerosos corresponsales, repartidos por los Estados confederados. Dedicó á los gastos de este trabajo 2.500.000 pesetas, y comenzó por dar una lista exacta de los diferentes cuerpos del ejército del Sud, con sus fuerzas de infantería, caballería y artillería, sus depósitos y los nombres de los Jefes y Oficiales. Estos detalles minuciosos le atrajeron las acusaciones de sus adversarios, presentándolo como enemigo del Norte; pero las de traición llegaron á su colmo cuando dos días después de la batalla de Bull's ftun, que la opinión

pública, equivocadamente instruida por el Gobierno, consideraba por lo menos como indecisa, ve aparecer un extraordinario del *Herald* anunciando que las tropas federales habían sido completamente batidas, acompañado de una lista nominal de los muertos y heridos.

A la contestación del Ministro de la Guerra, apremiado por el público ante semejante hecho, de que no tenía noticias, y á la declaración pública de connivencia con el enemigo, y de dar noticias falsas, de que era acusado el periódico, respondió Bennett pidiendo que se hiciera una información por comisionados del Gobierno, ante la cual puso de manifiesto sus despachos, cartas y listas minuciosamente comprobadas, y desenvolvió delante de ella el personal de su departamento especial, que noche y día trabajaba para publicar los datos exactos por ella recibidos, saliendo maravillados los individuos que componían la Comisión, de la identidad de las comunicaciones y de la manera con que se las había proporcionado, hasta el punto de que el Ministro de la Guerra hizo público oficialmente ese resultado, en el que, á la par que se le felicitaba, le daba también las gracias por sus *esfuerzos patrióticos*.

La circulación del *Herald* dobló casi instantáneamente, y se vio el curioso espectáculo de un periódico que tenía al corriente, al público y al Gobierno, de todos los hechos de la guerra, ya fueran favorables ó adversos, manifestación completa, juicio de Mr. Varigny, de las ventajas de la prensa libre, hasta en las circunstancias más graves, que contrasta sobremano, y lo dice con pena, con lo que pasaba en Francia durante la última guerra. Es, sin embargo, conveniente, á nuestro juicio, no olvidar que si en los Estados-Unidos la prensa, por su libertad, ha podido contribuir primero á emanciparla de la madre patria, y después á salvarla en las crisis que viene atravesando, diciéndole toda la verdad, por desgracia en Europa no es fácil encontrar ese desinteresado patriotismo que, convenientemente excitado, ha podido dar tales triunfos, ni el carácter un tanto impresionable de los pueblos, particularmente de raza latina, podrían tolerarlo, y aunque sea doloroso el decirlo, nuestra

prensa, las más veces empapada en el espíritu de partido que en el amor á la verdad y en su propio prestigio, no sabría desempeñar, haciéndose superior á nuestras preocupaciones, ese desinteresado papel que admira, y con razón, el autor del artículo.

Por otra parte, dígase lo que se quiera, esa gran publicidad de las operaciones militares, particularmente antes de ejecutarse, no puede menos de dañar á los preparativos, cálculos y movimientos estratégicos que han de dar el triunfo en una gran campaña.

Una vez terminada la guerra, vencedor el Norte, pero falto de hombres y dinero, habiéndose elevado la deuda federal á 14.000.000.000 de pesetas, pidiéndose al crédito en cuatro años más de 13.000.000.000, sin contar los impuestos; con el oro á 285, es decir, que se daban por cada 285 dollars en papel 100 en oro; cuando la ruina absoluta del Sud había traído la de muchas casas de comercio, Bancos y particulares del Norte, el numerario había desaparecido, y el país estaba inundado de papel-moneda, el Gobierno, ayudado de la prensa, y esta vez sin peligro ciertamente aun para los más escrupulosos, por tratarse de cuestiones financieras para las cuales debe haber siempre la mayor publicidad, atacó y resolvió con valentía todas las dificultades, teniendo hoy el 5 por 100 federal de 105 á 108.

No se ocultan al autor del trabajo que vamos examinando los grandes cargos de inmoralidad administrativa que han tenido lugar en aquel país, y que podrían probar que la prensa no ha estado tan vigilante, que no haya podido evitarlas, si bien al fin, gracias á su libertad, ha podido darles publicidad una vez descubiertos.

En 18GG, Bennett cedió á su hijo la dirección del periódico.

Hemos visto que empezó á publicarlo con 500 doláais (2.500 pesetas), y se retiró con una fortuna personal de 25 millones de pesetas. Preguntado por un amigo suyo si era cierto que iba á vender su periódico, le contestó que no había en Nueva-York capitalista bastante rico para comprarlo. En efecto: al entregárselo á su hijo, fué valuado en 20 millones de pesetas.

James Gordon Bennett ha continuado por el camino que le trazó su padre, y mantenido el *Herald* á la cabeza de la prensa americana. Activo y enérgico, también se ha distinguido por ciertos hechos que no han dejado de calificarse como gigantescos reclamos, de los que el autor cita alguno que no queremos pasar en silencio, porque demuestra gráficamente hasta dónde han llegado las fuerzas económicas de este que podríamos llamar coloso de la prensa.

Después de la batalla de Sadowa, y hecha la paz con el Austria, el Rey de Prusia pronunció un importante discurso político en la apertura del *Reichstag*. El corresponsal del *Herald* en Berlín se presentó en el telégrafo, y entregó al empleado de aquél el discurso del Rey para ser trasmitido á Nueva-York.— ¡A Nueva-York! dijo el empleado estupefacto; pues necesito tiempo para calcular lo que costará; es una cifra enorme.—Telegraffe V., sin embargo, dijo poniendo 50.000 pesetas sobre la mesa el corresponsal; y después haremos la cuenta. —36.000 era el coste del despacho; pero el *Herald* publicaba el discurso del Rey de Prusia al mismo tiempo que los periódicos de Berlin.

En 1868 hizo más aún: mandó como corresponsal á Stauley, con el ejército del general Napier, á Abisinia, provisto de grandes recursos, y cuando en Inglaterra se esperaban con impaciencia noticias de aquella peligrosa expedición, encontró medios de adelantar hasta las que se había proporcionado el General en jefe, y el *Herald* publicó el primero en Nueva-York el resultado de aquella campaña, trasmitiéndolo al Gobierno inglés. Este era el mismo Stanley que más tarde, enviado á África por su director en busca de Livingstone, se adelantó de tal manera á la expedición inglesa mandada con igual objeto, que volvía á Zanzíbar, conseguido su propósito, cuando aquélla se ponía en marcha para cumplir su misión, hasta el punto de que por algún tiempo se pusieran en duda los papeles por él exhibidos en la Sociedad geográfica de Londres, que, por último, la misma sociedad declaraba ser, en efecto, los de Livingstone.

El autor del artículo explica que al tomar el *Herald* para hacer la *Historia del periodismo en los Estados-Unidos*, es porque, á su juicio, lo resume como ningún otro, teniendo al mismo tiempo la ventaja de reseñar el resultado de una empresa tan valiente como original. Publicar un periódico sin profesar ninguna opinión política, limitándose á decir la verdad de las cosas para que cada cual forme juicio, es cosa tan extraordinaria, que se comprende perfectamente que Mr. Varigny haya creído que debía hacerlo notar, probando al mismo tiempo que, por lo menos en los Estados-Unidos, el pensamiento, no sólo puede llevarse á cabo, sino que iba á él unido el realizar una gran fortuna.

Como un estudio auálago sobre el resto de la prensa sería largo y prolijo, baste decir que al lado del *Herald* se sostienen y prosperan otros periódicos, como el *New-York Tribune*, dirigido durante treinta años por Greeley, que disputó en 1872 la presidencia de los Estados-Unidos al General Grant, perdiendo sólo por pocos votos; el *New-York Times*, y otros que ocupan en la prensa americana el segundo rango, pero con igual prestigio y desahogo.

Mr. Varigny acaba su curioso é interesante artículo con una estadística de la prensa americana en 1870. En esta época había 5.871 periódicos, contando 20.842.475 abonados; la tirada anual de todos ellos pasaba de uno y medio millares de millones de ejemplares para una población de 38.555.000 habitantes. Si comparamos ahora la prensa de los Estados-Unidos con la de los otros países, dará el resultado siguiente: En 1870 contaba Inglaterra con 1.456 periódicos; la Francia, alrededor de 1.700; la Prusia, 809; el Austria, 650; Rusia, 337, é Italia, 723. Un cálculo aproximado de la del resto del mundo da, según el autor, sin contar la de los Estados-Unidos, 7.642 periódicos, juntamente con otras publicaciones. Si se compara este total con el de los Estados-Unidos, es fácil comprender el inmenso desarrollo de la prensa en aquel país que acaba de celebrar el primer aniversario secular de su independencia.

Hablando de esta prensa, dijo William Thackeray: «¡Vedla! nunca descansa; sus embajadores recorren el mundo entero;

sus mensajeros invaden todos los caminos; sus corresponsales van con los ejércitos; sus emisarios esperan en la antecámara de los Ministros; en fin, está en todas partes. Mientras que uno de sus agentes intriga en Madrid, otro produce el alza de la Bolsa de Londres. La prensa es reina, guardadora de las libertades públicas: su suerte está ligada con ellas: vivirán y perecerán juntas. »—EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO.